

¡Llore la musa del nocturno
La nostalgia de su bien !.....
Dolor, ¡oh, mago taciturno,
Levanta el himno!... Ya es el turno,
Del grito ronco de Chopin.

Ya, atravesando la callada
Fúnebre noche del pesar,
Ondula y tiembla la balada.....
Su melodía desmayada
Venid ¡oh tristes! á escuchar.

Yo canto los pesares y los dolores
Desgranando mis notas en el rondel;
Yo no canto los ojos cintiladores
Ni los labios ardientes como el clavel.

Mis versos son abejas que buscan flores
Enfermizas y pálidas que acendren hiel;
Yo canto los pesares y los dolores
Desgranando mis notas en el rondel.

Tengo dardos tremendos y vengadores
Que llenan de ponzoña la herida cruel;
Y, siendo eco de gritos desgarradores,
Yo canto los pesares y los dolores
Desgranando mis notas en el rondel.

Calla mi canto si la aurora
Tiende su aéreo, vago tul,
Si el alba, — virgen soñadora —
Con sus destellos baña y dora
El transparente cielo azul.

Pero en las noches misteriosas
Que cubre un palio de negror
Van mis estrofas rumorosas
— Tropel de aves tenebrosas —
Lanzando al aire su clamor.

Cantad los himnos del hastío
¡Oh, arpegios débiles, llorad!
El horizonte está sombrío,
Sopla un furioso viento frío.
¡Oh, notas tristes, sollozad!.....

✦ CODA ✦

...¡ Oh, rubia hermosura ! mi labio te nombra
Adoro tus rizos — gentil claridad. —
Mas seguid esperando en la sombra,
Oh anhelos !.....

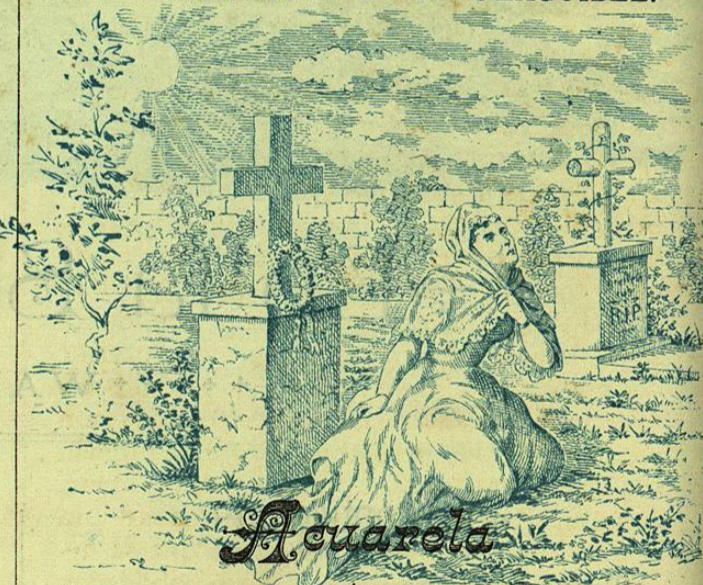
¡Fugaces visiones, pasad!

Mi canto no tiene ni un rítmico alegre
Ni un vivo fulgor.....
Mi pena es muy honda, mi duelo es muy negro,
Muy triste mi amor.

..... Se borran..... se apagan las notas
Del canto de duelo y de afán,
Cual blancas, heridas gaviotas
Que, mientras torvo ruga el huracán,
Tienden las alas rotas
Y lentas..... muy lentas se van!

Toluca, Agosto de 1895.

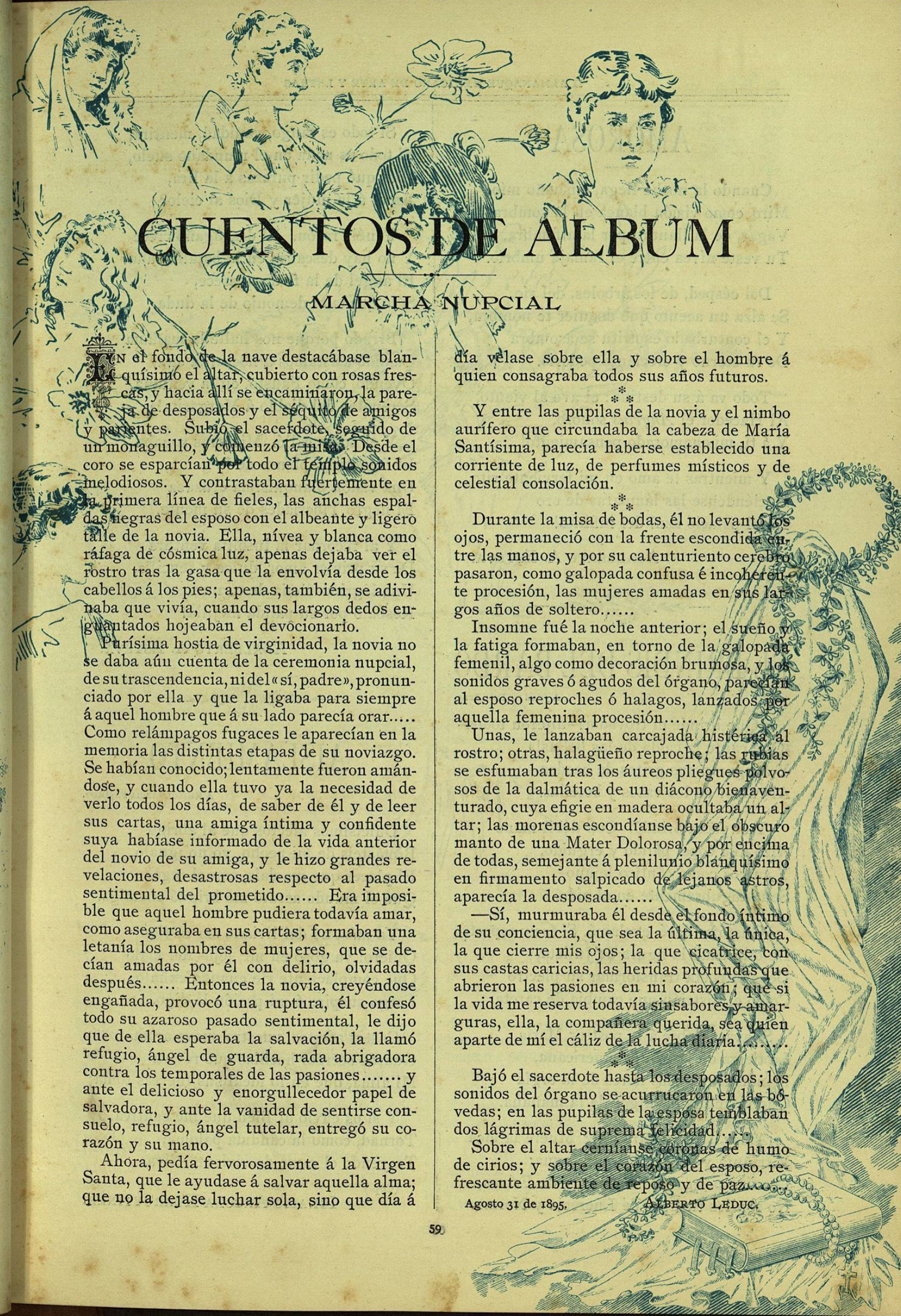
FRANCISCO M. DE OLAGUÍBEL.



Tarde tibia y perfumada
Cielo azul con blancas nubes,
Sol que muere tras los montes
Tiñendo con rojas luces
Los muros del composanto
Que la enredadera cubre,
Y sola, junto á dos tumbas
Que coronan viejas cruces,
Una mujer enlutada
Que llora, recuerda y sufre.

Córdoba, 1895.

S. DUBOIS.



CUENTOS DE ALBUM

MARCHA NUPCIAL

EN el fondo de la nave destacábase blan-
co el quíso el altar, cubierto con rosas fres-
cas, y hacia allí se encaminaron, la pare-
ja de desposados y el séquito de amigos
y parientes. Subió el sacerdote, seguido de
un monaguillo, y comenzó la misa. Desde el
coro se esparcían por todo el templo sonidos
melodiosos. Y contrastaban fuertemente en
la primera línea de fieles, las anchas espal-
das negras del esposo con el albeante y ligero
talle de la novia. Ella, nívea y blanca como
ráfaga de cósmica luz, apenas dejaba ver el
rostro tras la gasa que la envolvía desde los
cabellos á los pies; apenas, también, se adivi-
naba que vivía, cuando sus largos dedos en-
guantados hojeaban el devocionario.

Purísima hostia de virginidad, la novia no
se daba aún cuenta de la ceremonia nupcial,
de su trascendencia, ni del «sí, padre», pronun-
ciado por ella y que la ligaba para siempre
á aquel hombre que á su lado parecía orar....
Como relámpagos fugaces le aparecían en la
memoria las distintas etapas de su noviazgo.
Se habían conocido; lentamente fueron amán-
dose, y cuando ella tuvo ya la necesidad de
verlo todos los días, de saber de él y de leer
sus cartas, una amiga íntima y confidente
suya habíase informado de la vida anterior
del novio de su amiga, y le hizo grandes re-
velaciones, desastrosas respecto al pasado
sentimental del prometido..... Era imposi-
ble que aquel hombre pudiera todavía amar,
como aseguraba en sus cartas; formaban una
letanía los nombres de mujeres, que se de-
cían amadas por él con delirio, olvidadas
después..... Entonces la novia, creyéndose
engañada, provocó una ruptura, él confesó
todo su azaroso pasado sentimental, le dijo
que de ella esperaba la salvación, la llamó
refugio, ángel de guarda, rada abrigadora
contra los temporales de las pasiones..... y
ante el delicioso y enorgullecedor papel de
salvadora, y ante la vanidad de sentirse con-
suelo, refugio, ángel tutelar, entregó su co-
razón y su mano.

Ahora, pedía fervorosamente á la Virgen
Santa, que le ayudase á salvar aquella alma;
que no la dejase luchar sola, sino que día á

día velase sobre ella y sobre el hombre á
quien consagraba todos sus años futuros.

Y entre las pupilas de la novia y el nimbo
aurífero que circundaba la cabeza de María
Santísima, parecía haberse establecido una
corriente de luz, de perfumes místicos y de
celestial consolación.

Durante la misa de bodas, él no levantó los
ojos, permaneció con la frente escondida en-
tre las manos, y por su calenturiento cerebro
pasaron, como galopada confusa é incoheren-
te procesión, las mujeres amadas en sus lar-
gos años de soltero.....

Insomne fué la noche anterior; el sueño y
la fatiga formaban, en torno de la galopada
femenil, algo como decoración brumosa, y los
sonidos graves ó agudos del órgano, parecían
al esposo reproches ó halagos, lanzados por
aquella femenina procesión.....

Unas, le lanzaban carcajada histérica al
rostro; otras, halagüeño reproche; las rubias
se esfumaban tras los áureos pliegues polvo-
sos de la dalmática de un diácono bienaven-
turado, cuya efigie en madera ocultaba un al-
tar; las morenas escondíanse bajo el obscuro
manto de una Mater Dolorosa, y por encima
de todas, semejante á plenilunio blanquísimo
en firmamento salpicado de lejanos astros,
aparecía la desposada.....

—Sí, murmuraba él desde el fondo íntimo
de su conciencia, que sea la última, la única,
la que cierre mis ojos; la que cicatrice, con
sus castas caricias, las heridas profundas que
abrieron las pasiones en mi corazón; que si
la vida me reserva todavía sinsabores y amar-
guras, ella, la compañera querida, sea quien
aparte de mí el cáliz de la lucha diaria.....

Bajó el sacerdote hasta los desposados; los
sonidos del órgano se acurrucaron en las bó-
vedas; en las pupilas de la esposa temblaban
dos lágrimas de suprema felicidad.....

Sobre el altar cerníanse coronas de humo
de cirios; y sobre el corazón del esposo, re-
frescante ambiente de reposo y de paz.....

Agosto 31 de 1895.

ALBERTO LEDUC.

AMOROSA

Cuando la noche llega, ensueño mío,
Miro, como visión blanca en la sombra,
Vagar, de la llanura por la alfombra,
Tu veste nívea entre el ramaje umbrío.

Del césped, de los árboles, del río,
Se alza un acento que aquí te nombra,
Y el conturbado espíritu se asombra
De tu eterno y creciente poderío.

Todo va á su destino: el ave al viento,
Al Hacedor el *Angelus* sonoro,
Y á tí, mi enamorado pensamiento!

Y mientras te amo en mi ferviente rito,
Enciéndense las lámparas de oro
En el palacio azul del infinito!

ADALBERTO A. ESTEVA.

EL BRINDIS DEL BARDO

A JUAN DE DIOS PEÑA.

«¡Que brinde el trovador! —dijeron todos—
¡Que cante la caída de las bellas!»
Y apagaron sus gritos de beodos
Al rumor de los vasos y botellas.

¡Y el poeta brindó! Con débil mano
Alzó una copa, pálido y erguido,
Y su voz como cántico lejano
Sonó lúgubremente en el oído.

«Gusto os daré, exclamó. Si es un espectro
De otra edad la figura de Julieta,
Debe el poeta transformar su plectro
Como el histrión que cambia de careta.

Si avara cubre á la postrer María
La tierra de la pampa americana,
Brindemos por las flores de la orgía
Que marchita el fulgor de la mañana.

¡Amar.....! ¿y para qué? Muere la idea
Y triunfa y vive la terrena forma,
Los tiempos son de Aspasia y de Frinea,
No son los tiempos de Lucrecia y Norma.

Si todo es fango, vanidad, mentira,
Si todo es nada en el mundano suelo,
¿Por qué pedir purezas á la lira,
Amor á la mujer y Dios al cielo?

Tenéis razón. El desengaño crece
Y no hay descanso en la batalla ruda:
El ángel de la fe desaparece,
Sólo queda el demonio de la duda.

Brindo porque rios halle la mañana
Cuando asistamos á nocturna cita,
Oyendo, como Fausto, en la ventana,
Serenatas del diablo á Margarita!»

Y el poeta calló. Mientras sonaba
El frénético aplauso de la gente,
Una visión blanquísima cruzaba
El negro Tiberiades de su mente.

Y al recordar la insólita ventura
De su primer amor, dulce y sencilla,
Una lágrima llena de ternura
Resbaló por su pálida mejilla!

ADALBERTO A. ESTEVA.

AISLAMIENTO

A EMILIO GARCIA FAJARDO.

Dulcísimos afectos que al abrigo
Brotásteis de mi pecho, yo no igualo
El placer que me dais, con el regalo
Que el mundo astuto me brindó enemigo.

Ya más, no del liviano ser testigo
Quiero: ya gozo en mí; lejos del malo
Que complaciente ríe cuando exhalo
Largo suspiro ó mi pasión le digo.

Castos afectos, vuestro suave aroma
Guarde secreto hechizo que reviva
Mi alma, que en lo ideal sus fuerzas toma;

Y si os envío al Bien que me cautiva,
Tornad, como la cándida paloma,
Trayendo el ramo de viviente oliva.

(Cop.)

IGNACIO ANCONA HORRUYTINER.



ESCENAS DE LA VIDA MILITAR EN MEXICO.

EN el antiguo camino que conduce de San Luis á Tampico, se encuentra un lugar accidentado y pintoresco, que lleva por nombre *La Boca del Abra*

Ese punto es una especie de largo cañón, abierto por la naturaleza en la Sierra llamada de *Tanchipa*.

La Boca del Abra está separada del Puerto de Tampico por una llanura que mide como cuarenta leguas de anchura y cuya longitud es casi igual á la del Estado de Tamaulipas; esa llanura, antes ocupada por el mar, está hoy cubierta de pequeños bosques y grandes pastales, pertenecientes á los pueblos y haciendas de aquella región. La ganadería es allí el principal ramo de riqueza.

La cordillera de montañas que limita la llanura y con la cual principia la Sierra, está en una cierta extensión llena de grandes oquedades, también habitadas antes por el mar. El número de cuevas es desconocido, lo mismo que su extensión; en ellas se halla gran cantidad de tierra favorable á la extracción del nitro, y en las paredes se encuentran conchas incrustadas. La falda de la Sierra está cubierta por bosques de todo género de maderas preciosas.

Un hachazo gigantesco parece haber dividido en el punto llamado *La Boca del Abra*, uno de los ramales de la Sierra, formando la cañada de ese nombre; cañada no es la palabra propia; es más bien un cañón angosto, largo, encerrado entre dos paredes casi verticales, cubiertas por espesa vegetación y las cuales medirán dos centenares de metros de altura: la parte inferior mide unas diez varas de anchura y su longitud será como de una legua; la parte superior de los dos muros de rocas que lo forman, está como bordada por trozos de roca enormes, que en algunos puntos se sostienen sobre el abismo abierto entre la montaña, por maravilloso equilibrio; algunos han rodado al fondo de la especie de barranco, del cual nos ocupamos, volviendo más dificultoso su tránsito para los viajeros. En uno de los costados se encuentra una

gran oquedad, semi-oculta por la vegetación, que lleva el mismo nombre. *La Boca del Abra* es un punto tradicional desde la guerra de nuestra independencia, por las heroicas defensas que de él hicieron repetidas veces los insurgentes.

La temperatura es allí elevada, la atmósfera densa; el cielo está siempre como opacado por el calor y la vegetación se desarrolla con todo el lujo con que lo hace en la zona tropical. Como á una legua de *La Boca del Abra*, se halla situado un pueblecillo llamado *Quintero* y por el lado opuesto, otro llamado *El Lagarto*. Esta es la situación topográfica brevemente trazada; ahora narraremos con la misma brevedad, un episodio que se verificó en el punto descrito, durante la guerra de la intervención francesa en nuestro país.

* * *

La división ó brigada, pues no sabemos bien lo que era, del General Douay, marchaba de San Luis á Tampico, con objeto de establecer en ese puerto su cuartel general y ocupar militarmente el Estado de Tamaulipas. En las poblaciones del Estado de Potosí que encontró en su tránsito, fué dejando pequeños destacamentos, y otro tanto proponíase hacer con las principales de Tamaulipas; nuestras guerrillas, y algunas más, formadas por rancheros, internábanse en las sierras, hostilizando á su paso la columna, fuerte de cuatro mil hombres; diariamente repetíanse las escaramuzas, con mayores pérdidas para los franceses que para nosotros.

Había entonces en la parte Sur del Estado de Tamaulipas, un pobre y oscuro guerrillero que se llamaba Juan Bujanos, con grado de comandante en nuestro ejército.

Los atropellos del Coronel Dupin, de infausta memoria para aquel Estado, jefe de las contra-guerrillas en el mismo, lo habían obligado, como á tantos otros, á empuñar las armas para defender